

CORÍN TELLADO



*El engaño de
mi marido*

Poco se imaginaba Megan que su enamoramiento sería la destrucción de su familia. Ni que su padre, que había empezado de la nada, se opondría a su noviazgo con Ralph.

Y esta oposición fue tan cruel y humillante. Tanto como la venganza de Ralph...

Amor, odios, venganzas..., todos los ingredientes clásicos de una novela de Corín Tellado.

*Si pienso en mí cuando estudio a los hombres, no
es por egoísmo; es porque soy el hombre
que tengo más a mano.*

TERENCIO

1

Ralph Starr entró en la cafetería anexa a la gasolinera y miró aquí y allá. Sujetaba en una mano unos sándwiches envueltos en papel de aluminio, que iba comiendo con buen apetito. Evidentemente, sus ojos verdosos de mirar penetrante buscaban algo concreto. Y al ver el objetivo que sin duda buscaba, se acercó a toda prisa y se apoyó en la pequeña barra, entre dos jóvenes que, como él, devoraban también unos sándwiches y bebían sendas cervezas.

—Hola, Megan —saludó—. ¿Cómo andas. Mirian? —y sin esperar respuesta, gritó—. Jim, ponme una cerveza.

Vestía un mono azul, demasiado grande para su persona, y en uno de los bolsillos superiores, un monograma indicaba el nombre de la gasolinera. Tenía el pelo de color castaño claro, muy rizado, y, como lo llevaba seco, se le encaracolaba, lo cual le daba un cierto atractivo.

—¿Qué pensáis hacer esta tarde? —preguntó a las jóvenes, mirando primero a una y luego a la otra—. Yo dejo el trabajo a las seis en punto. Os invito a merendar.

—Agradezco la invitación, Ralph —sonrió Mirian tíbicamente—, pero Donald me viene a buscar y pienso irme con él enseguida.

—¿Y tú, Megan?

Esta bebía su cerveza con lentitud. Entretanto, Ralph tomaba la que le sirvió Jim.

—Me iré a mi casa —contestó Megan, alzándose de hombros.

—¿Puedo llevarte en mi moto?

Megan pensó que, desde hacía quince días, que eran los que Ralph trabajaba en los talleres de la gasolinera, ni un día dejó este de aparecer por allí a la hora del sándwich, y sin muchos disimulos. Pensar que le gustaba Mirian era una tontería, pues nadie en aquel negocio ignoraba que Mirian vivía con Donald desde hacía más de un año. Además, se sabía que estaban muy enamorados.

Por tanto, había que suponer que el nuevo empleado de la gasolinera, iba por ella.

—Salgo de la oficina a las seis y cuarto, Ralph —dijo esta amablemente—. Y luego suelo pasar por el supermercado de mis padres, donde siempre hay algo que hacer.

—Bueno, pues te llevo hasta el supermercado —se ofreció Ralph, correcto y siempre con su sano humor de hombre de buen carácter.

—De acuerdo.

Las chicas miraron su reloj de pulsera casi a la vez. Su tiempo del sándwich había finalizado; sus respectivas tareas las esperaban. Así que bajaron de los altos taburetes y quedaron de pie junto a Ralph.

—Te estaré esperando, Megan —dijo.

—Bueno.

Mirian y Megan se alejaron hacia el interior por una puerta lateral que conducía a las oficinas, y Ralph se quedó de pie bebiendo el resto de la cerveza.

Parecía pensativo. Encendió un cigarrillo con cierto nerviosismo. Había poca gente en la pequeña cafetería, pues realmente se trataba solo de una cafetería de paso, para los que repostaban o para los empleados de la enorme gasolinera, ubicada a la entrada de la autopista de Dallas.

—Ralph —le dijo Jim, inclinándose sobre la barra—, si vas por Megan, te digo que no me parece muy accesible. Lleva un año trabajando en las oficinas y nunca se la ha visto con ningún chico. Y no pienses que faltan muchachos a su alrededor.

—Tú mismo. ¿A que sí? Jim enrojeció.

—Bueno —farfulló—, es muy linda, ¿no? Uno no es de hierro.

—Suerte, Jim —le gritó Ralph alejándose—. Pon eso en mi cuenta.

—¿Sabes cuánto debes?

—Cuando cobre, te pago. ¿No te basta?

—¿Y por qué no he de suponer que antes no te largarás silenciosamente, de la misma forma que has venido?

—Pues que te den mi sobre. Pero esta vez, seguro que no me marchó.

De momento sí que se marchaba, pero a los talleres, donde empezaba ya a ser indispensable, porque nadie como él entendía de autos, allí se reparaban vehículos de marcas muy importantes.

* * *

—Díselo tú, Richard. ¿Por qué tengo que decirlo yo todo? Al fin y al cabo, es tan hija tuya como mía.

Richard estaba descargando mercancía ayudado por sus dos hijos, Dicky Ted. Eliza, no lejos de su marido, la colocaba en las amplias estanterías.

—Estamos pagando cajeras —refunfuñaba Richard—, y nuestra única hija ganando mucho menos en las oficinas de una gasolinera. ¿A qué fin?

—Megan quiere ser independiente —intervino Ted en la conversación.

Estos no le hicieron caso.

Seguían discutiendo entre sí.

—Cuando decidió emplearse en la gasolinera, debiste frenarla tú, Richard. Era el momento oportuno.

—Pensé que se cansaría pronto.

—Pero lleva ya un año, y ahí la tienes. Si, como dice Ted, quiere ser independiente, tampoco entiendo por qué no lo puede ser trabajando aquí.

El marido se incorporó.

—Pues porque el negocio es familiar, y el que trabaja en él, siendo de mi familia, tiene la independencia en la misma casa, ¿o no? Mira a Dick y a Ted. Están divinamente, les pago bien y cada cual hace lo que gusta, pero viven en casa.

—No me dirás que Megan no vive en casa.

—¿Estás segura? Porque la mayoría de los días ni la veo. Se va al trabajo antes de que yo me levante. No viene a comer, y a las siete aparece, o no aparece, y encima, cuando llega, se mete directamente en su cuarto.

—No seas injusto. Mil veces nos ayuda a última hora en el supermercado.

—Ya está todo dentro, padre —dijo Dick—. ¿Qué hago ahora?

—Prepara los pedidos para mañana —ordenó el padre—. Y tú, Ted, ve haciendo las cajas.

Al tiempo que daba aquellas órdenes, que los hijos ejecutaban, él se limpió las manos en un paño. Eliza recogía los albaranes y los iba grapando.

—Todo está en orden —dijo—. Mañana a primera hora, estarán vendidas todas las legumbres. Son muy frescas, Richard.

—¿Se lo vas a decir tú esta misma noche, Eliza?

Claro que no.

Su marido quizá no lo supiera, pero lo cierto es que ella estaba harta de comentar aquel asunto con Megan. Su hija era muy independiente. Richard, además, era muy mandón. Y si bien sus dos hijos varones obedecían sin rechistar, a Megan, con ser más joven que ellos, no le gustaba que le dieran órdenes.

No obstante, dijo:

—Me parece que es mejor que eso se lo digas tú. Mucho bla-bla-bla, pero jamás se lo has dicho directamente.

Richard iba cerrando las puertas.

Las dobles persianas metálicas bajaron con un ruido seco, como si quien las manejara las dejara caer de golpe, pero eso ya lo sabía también Eliza.

Su marido tenía su forma peculiar de desahogar su genio. Sin embargo, a la hora de la verdad, cuando tenía que enfrentarse a su hija Megan, el silencio los iba separando cada vez más.

En cierto modo, ambos se parecían; y por eso no congeniaban. Solo que Megan era más directa y más sincera que su padre.

—Le di estudios, le pagué buenos profesores y, ya ves —seguía refunfuñando Richard Jordán—: cuando más la necesitaba, me sale diciendo que prefiere trabajar en otro lugar y ella misma se busca empleo.

—La ayudó su amiga Mirian.

Fue como si a Richard Jordán le inyectaran dinamita.

—¿Esa? ¿Esa? Vive como una cualquiera. Ni siquiera se casó. Está en un apartamento con ese novio que representa neumáticos. ¿Tú crees que una hija mía puede tener una amiga de esa categoría? Y la tiene, que es lo que me saca de quicio. Así aprenderá... ¿Qué crees que tardará la mansa de tu hija en decirte que se va a vivir con un tipo cualquiera?

—Richard, ¿no estás siendo demasiado injusto?

—Esta noche se lo dices —le gritó él con el dedo enhiesto apuntándole con enojo—. Se lo tienes que decir. Dos opciones. Eso es, le vas a dar dos opciones. O trabaja en el negocio familiar o se las arregla por ahí y se busca donde vivir.

—Eso es echarla de casa.

—Y es lo que estoy haciendo.

Dicho lo cual, se alejó a paso firme.

Eliza miró en tomo con desaliento. Ted y Dick la miraron a su vez.

—Madre, olvídalo. Papá habla mucho, pero, a la hora de la verdad, nada de nada. Al fin y al cabo, Megan tiene derecho a hacer lo que le guste. Y si prefiere trabajar fuera, pues que lo haga. ¿Quién tiene derecho para mandar en la vida de nadie?

—Vosotros —dijo la madre enojada— siempre dais vuestra opinión cuando vuestro padre se ha ido. ¿Por qué no opináis cuando está presente?

—Los dos —adujo Ted, sin dejar de pulsar teclas en el ordenador— estamos bien trabajando aquí, y cuanto menos fricción, mejor. Pero si hay que ponerse de una parte, nos ponemos del lado de Megan. Pero nadie nos pidió parecer, por tanto... El asunto es de vosotros dos.

—¡Ah! —intervino Dick—, y no se te ocurra decirle a Megan que tiene dos opciones, porque te tomará la palabra y se irá.

—¿Irse?

—De casa.

Y como su cometido había finalizado y todo estaba en regla y el supermercado cerrado, se fueron juntos tras un «chao» algo sarcástico.

Eliza meneó la cabeza, disgustada, y por la puerta interior, se fue a su vivienda, ubicada en la primera planta del edificio, cuyos bajos estaban dedicados enteramente al enorme supermercado.

2

Ralph tenía una moto potentísima. Según él, la había adquirido de segunda mano durante su estancia en Tulsa. Ahora, que vivía en Dallas, la moto y él eran muy buenos amigos. El encargado de los talleres se la había querido comprar, pero Ralph parecía tener gran estima y afición a su moto.

Vestía un pantalón color avellana y una camiseta de algodón amarillo, con un letrero en el pecho. Por su pelo encaracolado y su aspecto juvenil no parecía tener más de veinticinco años; si es que los tenía.

Esperaba delante de la gasolinera. Los surtidores estaban situados en dos hileras paralelas, la cafetería en el edificio y las oficinas tras una puerta próxima. De allí había salido Mirian un momento antes. Se fue en el viejo coche de su novio Donald. Así, que Ralph hacía tiempo sentado en la moto y sosteniéndose con los pies en el suelo, esperando que apareciera Megan.

Al fin, apareció esta, enfundada en un mono floreado, un bolso colgado al hombro y calzando botines de media caña, por los cuales se perdían los bajos del mono. Era esbelta y delicada. Tenía el pelo leonado, y unos ojos color

canela muy expresivos. No era ninguna belleza, pero resultaba muy atractiva por lo muy femenina que era.

Precisamente, Ralph se sentía muy atraído por el carácter serio y maduro de la joven oficinista.

«Es más —pensaba a veces—, de no ser por ella, hubiera seguido mi camino». Pero...

—Me retrasé un poco —dijo Megan, deteniéndose junto a la moto—. Tuve que dejar escritas unas cartas antes de salir, para que sean firmadas mañana a primera hora y echadas al correo.

—Sube —dijo Ralph—. Iremos a merendar por ahí. ¿Tienes mucha prisa?

—La de siempre —miró la hora y subió tras él a horcajadas—. Pero la tienda de mis padres ya estará cerrada.

Ralph soltó los frenos, abrió gas y la moto salió disparada por la autopista, pero en dirección al centro de Dallas.

Al rato aparcaron ante un pub.

Entraron juntos. Ralph era más alto que Megan, y eso que ella no era precisamente baja. Pasándole un brazo por los hombros la llevó por entre las mesas hacia un rincón, donde, ante un cómodo sofá forrado de rojo, había una mesa.

Una luz que colgaba de un grueso cable, y que daba un reflejo rojizo, iluminaba la mesa, pero dejando medio en penumbra el sofá.

—Aquí estaremos bien —dijo Ralph—. ¿Qué tomas? Podemos pedir un plato combinado o unas tostadas con caramelo y dos cafés. Si prefieres algún licor...

—Prefiero tostadas y té.

—Pues yo igual.

Cuando llegó un camarero, solicitó lo que deseaban, al tiempo que ponía sobre la mesa cigarrillos y encendedor.

—Oye, Megan, te preguntarás por qué he tenido tanto interés en invitarte. Hace días que lo intento, pero tu amiga siempre está contigo. Y no me gusta nada tener que dirigirme a ti directamente estando ella presente.

—Mirian tiene novio y viven juntos.

—¿Se casarán?

—Están probando. Se conocen hace bastante tiempo, y decidieron vivir juntos hace seis meses. De momento, nada indica que no sean felices. No les gustaría divorciarse, y por eso no se casan aún.

—¿Tú estás de acuerdo?

—¿En qué?

—En vivir así.

—Si con ello se evita un divorcio, sí. ¿Por qué no?

—¿Piensa tu familia igual?

Megan tensó un poco sus dulces facciones.

Ralph le ofreció un cigarrillo. Ella lo aceptó, a la par que lo encendió en la llama que igualmente le alargaba su amigo.

—Cuando se trata de mi propia vida, no admito intromisiones. Sentiría romper con los míos, pero, si no tengo más remedio, lo haré. Lo haré, entiéndase, ante algo muy justificado, o que yo, al menos, considere totalmente justo.

—Como, por ejemplo, defender tu vida amorosa.

—Por ejemplo.

—¿No tienes novio?

—No.

—¿Y por qué?

—No me enamoré nunca. No tuve necesidad de buscar-me un novio, ni este apareció. Los que me pretendieron no me gustaban. De momento no ha habido nadie que me gustase. Además, vivo muy bien así. No tengo inquietudes aparentes, vivo como me gusta, y el amor no me preocupa.

—Pero aceptarás que el amor es lo más bello de este mundo.

—Tendría que vivirlo y disfrutarlo para decirlo, Ralph.

—¿Y si yo te dijera que me gustas mucho, muchísimo?

—Ya me lo estás diciendo, ¿no? —sonrió ella, divertida

—. Además, Ralph, hay cosas que a una mujer nunca le pasan inadvertidas, como es, pongo por caso, cuando le gus-

tas a un hombre. La mujer disimula más. El hombre, o no sabe hacerlo o no le da la gana hacerlo.

El camarero les sirvió. Ellos apagaron los cigarrillos.

—Pues, ya lo sabes, ¿qué piensas de mí, Megan?

—No te conozco de nada. Has aparecido por la gasolinera hace poco tiempo. Parece ser que entraste a prueba y que ya estás fijo, porque entiendes mucho de coches de lujo. Eso interesa a los dueños de la gasolinera, que no te dejarán marchar, a menos que te vayas tu sin avisar. Yo, particularmente, pienso que puedes ganar ahí mucho dinero. En los talleres se necesita gente experta, y tú pareces serlo. Tampoco sé si eres de Dallas, o si has aparecido aquí por casualidad. Tienes una moto carísima. Sé que te la quieren comprar pagándote una millonada, pero tú no pareces dispuesto a venderla.

—Sería lo último que vendería —dijo Ralph, muy serio—. Le tengo cariño, además de afición. Pero no estábamos hablando de mi moto ni de mi trabajo. Yo soy un ave de paso, y si continúo en ese taller y me adapto a un trabajo diario de horarios fijos, es por ti.

—¿Por mí?

—Bueno, verás, yo estoy enamorado. Me gustaste el primer día que te vi. Tú sabes que el amor entra por los ojos, y si no vale la pena la persona en quien se posan los ojos, el amor se disipa. Pero resulta que a mí me gusta tu modo de ser, y lo que entró por los ojos está profundizando cada día.

—Vas muy de prisa, Ralph.

—Es que el tiempo apremia. ¿Para qué voy a disimular? Ya tengo mi edad, y tú no eres una chiquilla.

—¿Cuántos años tienes, Ralph?

—Veinticinco; pronto veintiséis.

—Yo tengo veinte.

—Edad más que suficiente para que sepamos ambos lo que nos conviene y para no engañarnos con espejismos. Tampoco es corriente que un tipo, hoy día, declare el amor

así por las buenas. Regularmente, las parejas empiezan a salir juntas, y cuando se quieren dar cuenta, están enzarzadas. Pero yo quiero manifestar lo que empiezo a sentir. No sé si me durará, pero al menos sí sé que es la primera vez que me ocurre. Que pienso solamente en una chica determinada, y esto me sorprende y me contenta.

—No me disgustas, Ralph —dijo Megan con sinceridad—. Nada. Pero, de eso a enamorarme, seguramente media un abismo.

—Según se mire. Vamos a merendar, y si te apetece, nos vamos después a bailar, o si lo prefieres, me presentas a tu familia.

Megan casi dio un salto.

—¿Tan aprisa, Ralph?

—Bueno, esto es para que veas mi buena intención.

—De nada serviría que estuvieras fingiendo, pues yo no te voy a aceptar a menos que esté convencida de que te amo, y para eso necesito tiempo, reflexión y trato contigo.

—Pues vamos a iniciar ese trato personal ya mismo. ¿Te parece?

—Merendemos.

* * *

—Vivo aquí —dijo Megan apretando la cintura masculina de la cual iba prendida—. Ahí está el supermercado de mi familia, y en la primera planta está la vivienda.

Ralph frenó ante la acera.

Era ya noche cerrada; así que descendió después que ella y arrimó la moto a un poste.

—Si algo me podría sacar de quicio —farfulló—, sería que me robaran mi medio de locomoción. Me costó mucho trabajo y dinero conseguirla.

Y asiendo a Megan por el codo se fue con ella hacia el portal. Megan abrió con su llavín y ambos se deslizaron

dentro.

—Buenas noches, Ralph, y gracias por todo.

—Oye, ¿no me dejas besarte?

—Pero...

—Por algo se empieza, ¿no? Te aseguro que me interesas mucho —la sujetó por la cintura con un brazo y con la mano libre le asió el mentón—. Megan, besar a una chica gusta siempre, pero hay deseos y deseos. Unos los sacias y los olvidas; otros los recreas en el pensamiento. Yo pienso en ti desde que te conocí. No soy de los que se detienen. No, ¿para qué voy a engañarte? Hasta ahora me he limitado a vivir y a disfrutar, pero de súbito... desde que te conozco... Bueno... dirás que soy algo tonto. Estoy emocionado diciéndotelo.

Megan le miraba en aquella leve oscuridad.

No es que tuviera mucha experiencia, pero alguna sí tenía; pero sobre todo, se fiaba de su intuición para saber cuándo un hombre procedía así solamente por pasar el tiempo, y cuándo era sincero y decía lo que realmente sentía. Ralph era de estos últimos, o mucho se equivocaba ella.

—Me gustaría establecerme al fin —dijo Ralph quedadamente—, y si es en Dallas, pues bueno. Cuando llegué aquí, pensé que me iría al día siguiente. Pero por suerte encontré esa gasolinera, pedí empleo y me tomaron a prueba, y nada más entrar, cuando me tocó la hora de comer el sándwich, te vi. Fue como si me aferraran al suelo de Dallas.

—Ralph, quizá yo te guste, pero tal vez no sea la mujer sería que tú necesitas.

—Tú eres una muchacha formidable, Megan. ¿Nunca te lo dijo nadie?

—Pero no les he creído, porque, como yo, no me conoce nadie.

Ralph ya la tenía apretada contra sí con los brazos y le buscaba la boca con la suya, anhelante. Megan no intentó escapar. Al fin y al cabo, un beso más o menos tampoco